

JOSÉ MARÍA BLANCO WHITE Y JOSÉ LUIS CANO: INTERPRETACIÓN DE DOS HETERODOXOS(*)

Isabel Celis Villalba / Licenciada en Filología Anglogermánica.

Bajo el título *J.M. Blanco White y J.L. Cano: Interpretación de dos heterodoxos*, vamos a intentar hacer un pequeño homenaje a dos figuras muy interesantes del panorama literario español no sólo por su obra sino por su actitud ante la vida y la realidad social de nuestro país.

Distantes cronológicamente, ambos autores coinciden en su moderna visión de España, en la ilusión con la que esperan que España suelte su lastre histórico y definitivamente tenga algo que decir ante países social y culturalmente más avanzados, coinciden también en su heterodoxia ante el momento social y político que les tocó vivir y a un tiempo en aportar su particular grano de arena a la modernización de la cultura española y hacernos conocer otras ajenas a la nuestra.

¿En qué sentido podemos decir que J.L. Cano y J.M. Blanco son heterodoxos? Etimológicamente el adjetivo heterodoxo procede del griego *heteros*, otro, y *doxa*, opinión; se aplica por tanto a personas contrarias a la doctrina ortodoxa o a una opinión comúnmente admitida. Para analizar en que consiste la heterodoxia de ambos personajes es preciso en primer lugar encuadrarlos históricamente para ver cuales son las corrientes de opinión más importantes en sus respectivas épocas.

La vida de J.L. Cano transcurre en el siglo XX y su entorno histórico y social nos resulta muy conocido, incluso familiar a muchos de nosotros. Todos los que han intentado desarrollar una actividad intelectual durante una dictadura, los que han aspirado a ver lo que ocurre más allá de las fronteras, a leer lo que en un determinado país no se encuentra publicado o está prohibido, saben lo difícil que resulta desarrollar esta labor o simplemente cuestionar lo que se tiene más a mano, porque más allá de lo que estudiamos, leemos, vemos y conocemos existe otra realidad que seguramente es distinta a la nuestra, a la que oficialmente se nos ofrece, y luchar por conocer y dar a conocer esa otra realidad o, lo que es más, simplemente tener en cuenta su existencia, constituye en determinados casos un acto de heterodoxia.

(*) Todas las citas del presente trabajo han sido tomadas de las *Cartas de España* y de la versión española de la *Autobiografía de Blanco White*.

J.L. Cano con su vida, sus trabajos como crítico y recopilador, y su labor al frente de la revista literaria *Ínsula*, nos ha dado un buen ejemplo de vida heterodoxa, mostrándonos esas otras opiniones de más allá de nuestras fronteras o desempolvando esas figuras españolas que permanecían en el fondo del baúl de la Historia de nuestra Literatura por haber ido contra corriente o, como se dice en la actualidad, por no haber sido 'políticamente correctas'.

Entre estas figuras que tanto interesaron a Cano se encuentra J.M. Blanco White. Nace Blanco White en Sevilla en 1775 y su infancia coincide con el comienzo del reinado de Carlos IV que supuso un giro en la política llevada a cabo por su padre el monarca Carlos III. Este se empeñó en la modernización del país, abriendo el camino a las ideas de la ilustración pero los cambios no fueron realmente importantes. Se trató por tanto de una reforma ortodoxa fomentada desde el poder real pero sin poner en peligro muchos de los valores tradicionales. A pesar de que alguno de sus colaboradores -Aranda y Olavide por ejemplo- fueron radicales de influencia francesa, no consiguieron modificar ni la estructura económica ni mucho menos los privilegios de la Iglesia. Los jesuitas fueron expulsados pero la sociedad católica tradicional continuó fuerte tan sólo atacada por una minoría de intelectuales. Durante la ocupación francesa el Duque de Wellington diría: *«the real power in Spain is the clergy. They kept the people right against France»*. Para la mayor parte del clero las ideas de la Ilustración eran extranjeras y peligrosas y Voltaire, Locke y Rousseau sólo unos herejes.

Con Carlos IV el poder real se debilita, las relaciones con Francia se rompen y comienza la desconfianza hacia aquellos que creían en las reformas iniciadas en el reinado anterior. Posteriormente el rey y Godoy dejarán los designios de España en manos de Napoleón. El rey abdica en su hijo Fernando VII y da comienzo así un periodo de nuestra historia caracterizado por los vaivenes políticos e ideológicos: comienza la guerra de la independencia, se promulga la Constitución de Cádiz en 1812, código sagrado del liberalismo, seguirá el periodo absolutista del reinado de Fernando VII en el que se desautoriza la Constitución.... Como resumen podemos decir que si ideológicamente en Cádiz se abre definitivamente la puerta a las ideas liberales procedentes del exterior, la guerra de la independencia trajo también consigo la desconfianza hacia aquellos que con su defensa de las ideas procedentes de más allá de nuestras fronteras favorecieron el dominio francés sobre suelo español.

Esta es a grandes rasgos la España de Blanco White y los difíciles momentos que le tocó vivir. Algunos de los aspectos ideológicos esbozados anteriormente tuvieron gran importancia en su formación y su vida fue una continua lucha a favor de la razón y la libertad aunque para ello tuviese que ir contra lo establecido o incluso contra sí mismo.

La España tradicional de profundas raíces católicas se encuentra presente en su educación a través de su madre, devota mujer emparentada con la vieja nobleza andaluza. El contacto con una cultura distinta a la nuestra le llega a través de su padre descendiente de comerciantes irlandeses, que viajó por Europa en su juventud y que pretendió educar a su hijo para que siguiera sus pasos al frente del negocio familiar. En su autobiografía nos cuenta sobre su educación:

«Las dos ramas de mi familia, la irlandesa y la española, tan diferentes en ideas y carácter como puede fácilmente presumirse, no se ponían de acuerdo en cuanto al contenido de mis estudios.... Yo me daba perfecta cuenta de la situación y,... encontré instintivamente lo que podía librarme de la esclavitud del comercio: declaré que sentía una fuerte inclinación por el sacerdocio»

Blanco tuvo a su madre como modelo de piedad y rectitud cristiana aunque también heredó de ella su sensibilidad para las letras y la música -desde muy joven Blanco tuvo un gran talento para tocar el violín- y su frágil salud. Su padre también fue un católico convencido que vivía con gran devoción su fe. Blanco recuerda como se dedicaba, incluso con peligro para su vida, a obras de caridad que procuraban el alivio físico y espiritual a los enfermos del hospital de Sevilla.

Blanco mantuvo durante toda su vida un gran cariño hacia sus padres pero no dejó de reconocer sus defectos que según él no eran rasgos de su personalidad que siempre ensalzó (el deseo de su padre de hacer el bien, la sensibilidad y la fuerza de su madre...), sino la consecuencia de la educación recibida dentro de la tradición católica que influyó en ellos negativamente,

Según Blanco su mayor desgracia tanto para ellos como para él mismo fue *«la consecuencia de haber aceptado ciegamente las exigencias de la religión en la que vivieron hasta su muerte»*. Blanco encuentra particularmente deplorable la formación recibida por su madre *«educada con la ausencia de cultura intelectual que sigue prevaleciendo entre las mujeres españolas»*.

La formación de Blanco por tanto no podía sustraerse a la influencia de la religión. Según él mismo la máxima preocupación de sus padres desde un principio fue *«sembrar abundantemente las semillas de las virtudes cristianas»*, y al decidir sobre cual sería su futuro profesional dentro de las opciones que tenía la que más arraigó en la mente del joven Blanco fue el sacerdocio, atraído más por una actividad de tipo intelectual que por la esclavitud de los negocios mercantiles paternos.

Comienza su formación para tal fin a la temprana edad de doce años en el colegio dominico de Santo Tomás donde muestra sus primeras manifestaciones de heterodoxia espoleado por la inquietud intelectual que le producen algunas lecturas. Lee el *Quijote* a escondidas con gran avidez, también el *Telémaco* de Fenelón, que según reconocerá posteriormente tuvo gran influencia en su vida, fue el libro que le produjo la primera duda sobre la verdad del cristianismo. En su autobiografía Blanco recoge sus reflexiones a los ocho años después de leer la obra de Fenelón:

«Me sentía tan identificado con los principales protagonistas de aquella historia y me sorprendió tanto la diferencia entre su religión y la mía hasta el punto de que mi admiración por su sabiduría y valor me hizo pensar sobre cómo podíamos estar nosotros tan seguros de que una religión tan digna como la de aquellos hombres era falsa y no la nuestra.»

Lee también la obra de Feijoo, fraile benedictino formado con la lectura de libros franceses que se atrevió a escribir contra el sistema escolástico. En clase de Lógica, al reprenderle el profesor por su falta de atención, Blanco replicó que *«lo que él enseñaba no era digno de mi (su) atención»* y añadió un *«buen número de observaciones contra la filosofía aristotélica que había leído en Feijoo.»* Por primera vez Blanco cuestiona el saber establecido al tiempo que comienza el camino de su formación personal buscando otras opciones distintas a las oficiales, siempre y cuando éstas no satisfagan su curiosidad intelectual o no las considere válidas desde su análisis personal de la realidad.

Posteriormente Blanco continúa sus estudios en la Universidad, donde entra en contacto con otros personajes que ayudarán a su formación intelectual y con los que se encuentra en una mayor sintonía de pensamiento. Entre ellos destacan la figuras de Manuel María del Mármol y Manuel María de Arjona. Mármol, compañero de estudios algo mayor que él, le descubrió algunos de los antiguos poetas españoles y la obra de Bacon, pero fue sobre todo Arjona el que más influyó en él en este periodo de su vida. Estudió con él retórica y francés y fue así como Blanco comienza a leer en versión original textos franceses y entra en contacto con las nuevas ideas procedentes de este país. Arjona le proporciona libros de orientación jansenista que abogaban *«por la limitación del poder pontificio.»* También cultiva con Arjona su gusto por la Literatura y entra en contacto con otros alumnos que tienen esta misma afición. Félix Reinoso y Alberto Lista junto con Arjona y Blanco deciden formar una Academia privada para el cultivo de la elocuencia y al poesía de la que hablaremos posteriormente.

Paralelamente a su formación intelectual Blanco prosigue su formación religiosa siguiendo los cánones tradicionales: frecuenta el oratorio de San Felipe Neri, quizás atraído más por su afición a la música que por su fervor religioso. Confesaba, comulgaba, oía misa, rezaba el Breviario Romano y practicaba la meditación según lo establecido.

Comunicaciones

No es extraño pues que las dos facetas de su formación, una que le pone en contacto con nuevas ideas que le provocan su curiosidad intelectual y otra que sigue estrictamente la tradición católica imperante, entren en conflicto. Este conflicto lleva a Blanco a defender a lo largo de su vida posturas abiertamente heterodoxas en el aspecto religioso, político, social, literario y cultural. Analicemos pues cómo se manifiesta esa heterodoxia en estos ámbitos.

Quizás el primer aspecto en el que Blanco pueda ser considerado un heterodoxo es el religioso. Esto no quiere decir que no tomara los hábitos con total fe y convencimiento. Blanco no fue un hipócrita, no abrazó una religión en la que no creía, fue un hombre profundamente religioso que se mostró siempre en contra del oscurantismo y las manifestaciones externas del catolicismo aunque siempre vivió una profunda espiritualidad.

Contra la opinión general Blanco considera que el catolicismo proporciona no una formación sólida al individuo, sino una atadura que dificulta el desarrollo personal que, según él, debe basarse en la libertad y la razón. En sus *Cartas de España*, al hablar de las «*ilimitadas promesas de luz y las altas pretensiones de autoridad de que nuestra religión presume*» Blanco contrapone el valor de la libertad individual:

«Hemos de pedir ayuda a nuestra inteligencia cuando nos encontramos a dos pasos de la desesperación y la locura, para después menospreciar a nuestra fiel aunque injuriada amiga, temerosos de que nos pueda librar de las cadenas que nos atan a nuestro orgulloso y altanero capitán?... Ciertamente fue penosa y dura la lucha por la que gané mi libertad y condenado estoy a llevar por siempre las señales de mi temprana esclavitud. Pero ningún poder de la Tierra me hará renegar otra vez de la guía de mi razón...»

También encuentra a la Iglesia Católica culpable de mantener ritos que considera negativos e incluso humillantes para el ser humano. Entre ellos señala el celibato, la confesión, los ejercicios espirituales y el trato a las mujeres que toman los hábitos.

Del celibato Blanco opina que es una imposición «*contra la Naturaleza (...) una de las más inicuas prácticas católicas*». También afirma que «*dondequiera que exista esa ley las normas de moralidad tienen que sufrir una evidente degradación... el celibato del clero se guarda a costa de la moralidad del país.*» Ante esto, la opción que propone Blanco de nuevo es la libertad:

«Si el gobierno español llegara a independizarse suficientemente de la influencia clerical, podría dictar una ley que permitiera a todos los españoles el casamiento, dejando a los clérigos la decisión personal de seguir o no seguir obedeciendo esta ley de la Iglesia.»

Arremete también contra la confesión a la que considera altamente perniciosa para la formación del ser humano, sobre todo de los niños y las mujeres. Piensa que puede producir unos temores y remordimientos en los más pequeños que les pueden afectar de por vida, como de hecho le ocurrió a él mismo. Las mujeres además sufren el problema añadido de la seducción que ejerce el sacerdote sobre ellas. El confesor es el que arroja el «*primer hálito asqueroso que empaña su pureza virginal.*» Según Blanco, «*los daños que produce la confesión son más graves cuanto mayor sea la sinceridad del que se confiesa.*»

La descripción detallada de los ejercicios espirituales ocupa un lugar importante en su autobiografía y las *Cartas de España*. Relata Blanco cómo especialmente en momentos de debilidad de su fe asistía a estos retiros para fortalecer su espíritu. Según la norma establecida constaban los ejercicios de varias fases entre las que estaban la meditación, el sermón e incluso la flagelación. Esta última era para él «*la más absurda y repugnante de las prácticas católicas*», y reproduce «*sentimientos mezclados de indignación, compasión y desprecio*».

Tuvo Blanco una especial sensibilidad para percibir la dureza del peso de la fe católica sobre las mujeres, no sólo de forma general en su educación, sino particularmente sobre aquellas que tomaban los hábitos: «*De entre las víctimas de la Iglesia Romana son las monjas las que merecen mayor simpatía*». Considera que es una «*inflexible crueldad*» mantenerlas enclaustradas, hacerlas cumplir los votos de por vida, las frecuentes enfermedades e incluso la enajenación mental e inclinaciones suicidas que padecían.

Blanco vivió estas situaciones como confesor de monjas a las que intentó aliviar de sus sufrimientos. También fue testigo del ingreso de sus hermanas en conventos y sus muertes en clausura. Es precisamente cuando su hermana menor decide tomar los hábitos cuando Blanco sufre una de sus crisis de fe más importantes, incluso llega a quemar sus libros con la firme intención de abandonar España.

Curiosamente, a pesar de su crítica al catolicismo, pocos autores han hecho una defensa tan importante de los jesuitas que por aquella época habían sido expulsados de España.

También podemos decir, en cierto modo, que Blanco fue un heterodoxo por sus ideas políticas. Tuvo amigos de formación francesa e incluso él mismo fue calificado de afrancesado, pero siempre se mantuvo fiel a su país a pesar de los vaivenes políticos que le tocó vivir. Esta fidelidad no se traduce en un patriotismo exacerbado sino en un verdadero deseo de progreso para sus compatriotas. Durante la dominación francesa nunca apoyó abiertamente al invasor, aunque en el fondo sentía que éste podría traer las reformas que tanto anhelaba. Con respecto a su pensamiento político Blanco escribe en su autobiografía:

«Jamás me he sentido orgulloso de ser español porque era precisamente como español como me sentía espiritualmente degradado... A pesar de todo, tuve bastante patriotismo como para no unirme al partido afrancesado..... y marcharme a la misma sede del fanatismo, Sevilla... (¿Quién era pues el verdadero patriota?) El que siguiera, como yo, a la masa de sus compatriotas contra sus propias convicciones, porque no quería verlos forzados a aceptar lo que consideraba bueno para ellos, o ... aquellos que al unirse al pueblo no hacían más que seguir los impulsos de sus sentimientos, por no mencionar sus propósitos de ambición e interés personal?».

Además de sus ideas, Blanco refleja en su obra con frecuencia la situación política y social del país. En sus *Cartas de España*, nos habla, por ejemplo, de la situación de la Justicia, de cómo los jueces dependen del poder establecido y medran gracias a influencias de distinto tipo. Algo parecido ocurre con los que solicitan un empleo de Hacienda, que también acceden a sus cargos por tener atributos tan intrascendentes como por ejemplo un buen tipo o saber cantar.

Cuando habla de los afrancesados lo hace por lo general con respeto, atendiendo más a su honestidad y formación que al hecho político de apoyar al invasor. Él mismo se planteó apoyar a los franceses y confiesa: «*la lucha que tuvo lugar en mi espíritu fue más dura de lo que soy capaz de explicar*». Finalmente decide no hacerlo pero en el fondo piensa que la «*humillación política de recibir un nuevo rey de la mano de Napoleón quedaría ampliamente compensada con los futuros beneficios...*». Sobre España comenta que «*como entidad política, miserablemente oprimida por el Gobierno y la Iglesia, dejó de ser objeto de mi admiración desde mi temprana juventud*».

No es raro que con estas opiniones se granjeara más de un enemigo, aunque sus ideas nunca iban dirigidas a conseguir su beneficio personal sino el bien de la mayoría. Podemos afirmar que su pensamiento político estuvo siempre impregnado de un espíritu democrático y un afán por conseguir la libertad.

Su actitud ante la situación política y su rebeldía ante el patriotismo exacerbado de sus compatriotas quedan patentes en la carta número trece de sus *Cartas de España*:

Comunicaciones

«Yo estoy tan decidido como el que más a prestar mi pobre ayuda a la causa española contra Francia, pero me indigno ante la coacción que priva mis intenciones de toda personalidad y que, a consecuencia de nuestra costumbre secular de someternos implícitamente a todo lo establecido, obliga a cada hombre a entrar en la masa...»

Su crítica también llega a la situación cultural y literaria del país. Su espíritu inconformista siempre buscó una formación más completa de la que su época ofrecía. El saber fue siempre un reto para él. *«Tenía la necesidad de leer para ser feliz»*, confiesa en sus cartas.

Encuentra su formación universitaria importante aunque insuficiente. La Universidad es la institución donde se ve claramente la *«lucha entre el genio emprendedor y la ignorancia establecida»*. De la mano de su mentor, Arjona, se introdujo en el estudio del francés y la lectura de los críticos franceses y dedicó gran parte de su tiempo a analizar el lenguaje y las ideas de estas obras.

Poco a poco va adquiriendo una sólida formación, casi de forma autodidacta, en muchos casos bajo la sombra de la Inquisición arriesgándose a conseguir libros prohibidos que guardaba en su pequeño cuarto *«en un buen escondrijo debajo de la escalera»*.

En su etapa universitaria crea una Academia privada con sus amigos para cultivar la elocuencia y la poesía. Las reuniones periódicas en las casas de los distintos miembros, las disertaciones y lecciones sobre poesía, mantuvieron durante varios años el creciente interés de Blanco por la Literatura.

Reconoce Blanco la inferioridad de España en el terreno literario con respecto a otros países, pero esto no se debe, según él, a la falta de genio creador sino al *«tiránico sistema de gobierno»* que provoca la pérdida de talentos. A pesar de esto, Blanco destaca de nuestro panorama literario a figuras como Quintana, Meléndez y Arriaza, cuyos esfuerzos admira profundamente.

Hasta aquí hemos visto la actitud crítica de Blanco ante distintos aspectos de la vida cultural y política de la época. Esta actitud le llevará a adoptar posturas heterodoxas en distintos momentos de su vida, siempre llevado por la coherencia sin perder el provecho personal.

Esta actitud vital le lleva a dejar el sacerdocio y abandonar España. La cita de su autobiografía es reveladora:

«Si yo hubiera sido capaz de vivir como otros muchos sacerdotes aprovechándome lo mejor posible de las circunstancias y disfrutando de mis opiniones, pagando sólo la pequeña tasa de la conformidad externa y una aparente compostura de formas, nada me hubiera hecho irreconciliable con mi profesión. Pero siempre me han sido intolerables el disfraz y el disimulo.»

Al marcharse a Inglaterra Blanco cree encontrar el país de la libertad. No tiene problemas para desarrollar una actividad intelectual sin ningún tipo de amenaza. Durante un tiempo se dedica al periodismo y a pesar de recibir dinero del gobierno inglés confiesa que nunca ha sido presionado de modo alguno ni su obra censurada.

Huyendo del oscurantismo católico y del deseo de sentirse integrado en una nueva comunidad, Blanco abraza el Protestantismo como salida a su espiritualidad. Con el tiempo verá que esta religión también tiene sus hipocresías y acabará adoptando ante ella la misma actitud crítica que le llevó a abandonar el catolicismo.

Blanco puede ser considerado, según el profesor Garnica, *«como un hombre moderno, verdadera y ejemplarmente comprometido con la causa de la libertad»*.

Pero no siempre la crítica ha valorado la obra y la figura de Blanco en su justa medida. Menéndez Pelayo, por ejemplo, admiraba su estilo pero lo calificaba de antiespañol. Posteriormente Llorens, Goytisolo, J. L. Cano y otros han rescatado su figura y nos lo han presentado de una forma más positiva, reconociendo su valor al intentar mantener una actitud de coherencia vital en aras siempre de la libertad intelectual.

Finalmente, para demostrar la validez del pensamiento heterodoxo de Blanco, ¿quién no considera vigentes las siguientes afirmaciones salidas de su pluma hace casi dos siglos?

«La disidencia es la gran característica de la libertad».

«No me atreveré a asegurar que no se hagan trampas... en las oposiciones».

«La libertad intelectual me atraía de forma irresistible».

«Conozco a varios que han sido promovidos por ayudar al gobierno con sus plumas».

BIBLIOGRAFÍA

BLANCO WHITE J.M.: *Cartas de España*, Alianza Editorial, Madrid, 1972.

CANO, J.L.: *Heterodoxos y Prerrománticos*, Ediciones Júcar, Madrid, 1974.

GARNICA, A: *Autobiografía de Blanco White*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, 1988.

ENCICLOPEDIA BRITÁNICA.